

CAPITALISMO, GÉNERO Y CUIDADOS O CÓMO PENSAR LA ESTRUCTURA SOCIAL: EL PRIMER DEBATE ENTRE JÜRGEN HABERMAS Y NANCY FRASER

Martha Palacio-Avenidaño
Universidad de Alcalá de Henares
martha.palacio@uah.es

RESUMEN

Este artículo presenta la importancia de integrar la perspectiva de género en el enfoque de la Teoría Crítica. Para ello se exponen, en un primer momento, algunos de los elementos de la primera discusión entre Nancy Fraser y Jürgen Habermas en torno a la actividad social de la crianza. Después se presenta la interpretación de N. Fraser sobre la teoría de la crisis del capitalismo vista desde la crisis de los cuidados. Las cuestiones tratadas en estos dos momentos ayudan a comprender el complejo y dinámico vínculo entre el orden de género y el capitalismo.

PALABRAS CLAVE: reproducción social, teoría crítica feminista, crisis, emancipación, capitalismo.

CAPITALISM, GENDER AND CARE, OR HOW TO THINK ABOUT THE SOCIAL
STRUCTURE: THE FIRST DEBATE BETWEEN JÜRGEN HABERMAS AND NANCY FRASER

ABSTRACT

This paper deals with the main importance of gender perspective in Critical Theory. So, first, it exposes some elements of the exchange between Nancy Fraser and Jürgen Habermas on the social activity of childrearing. Then, N. Fraser's interpretation of the theory of the crisis of capitalism seen from the crisis of care is presented. These issues would help us to understand the complex and dynamic link between the gender order and capitalism.

KEYWORDS: Social reproduction, Feminist Critical Theory, Crisis, Emancipation, Capitalism.



1. ESTRUCTURA SOCIAL Y GÉNERO

El año de 1985 se publicó en la *New German Critique* «¿Qué es crítico en la Teoría Crítica? El caso de Habermas y el género»¹. El artículo elabora una de las críticas más relevantes a Jürgen Habermas sobre su interpretación de la organización social en *Teoría de la acción comunicativa*².

La crítica pertenece a la filósofa estadounidense Nancy Fraser y constituye un texto de capital importancia en la formulación de una teoría social crítica de género³. Una teoría que recupera, en primer lugar, los análisis de la discusión marxista y socialista sobre la reproducción social⁴ y que, en segundo lugar, enlaza con el análisis interpretativo de las sociedades⁵. Lo que a Fraser le interesa del esquema de Habermas es la manera en que vincula el enfoque estructural con el interpretativo. En cambio, lo que rechaza de este es su carácter androcéntrico⁶ y el modo en que este sesgo, inadvertido por Habermas, lastra el potencial crítico de su teoría. Al señalar el sesgo androcéntrico, Fraser hace algo más que un ejercicio estrictamente académico, que podría ser interpretado como el esfuerzo legítimo por superar al maestro al iluminar sus fallos sobre la dinámica de la vida social en el capitalismo. Constituye, más bien, la intervención teórica en el debate público sobre las contradicciones del Estado de bienestar y su posición sobre cómo entender el papel de las intelectuales en las sociedades democráticas. Su crítica debe leerse desde esta vertiente, pues ella apela a revitalizar el vínculo entre la teoría y la práctica, en un camino de ida y vuelta⁷, que permita considerar el potencial emancipatorio alojado

¹ Nancy FRASER, *Dilemas de la justicia en el siglo XXI. Género y globalización*. Joaquín VALDIVIELSO y M.ª Antonia CARBONERO (eds.). Trad. Joaquín Valdivielso y Meryl Wee Jones, Palma, Universitat de les Illes Balears, 2011, pp. 53-96.

² Jürgen HABERMAS (1981), *Teoría de la acción comunicativa, vol. 1: racionalidad de la acción y racionalización social. Vol. 2: Crítica de la razón funcionalista*. [Trad. Manuel Jiménez Redondo]. Madrid, Taurus, 1987.

³ Dos estudios de esta crítica de Fraser a Habermas que me han resultado siempre muy útiles son los siguientes: María José GUERRA, *Mujer, identidad y reconocimiento. Habermas y la crítica feminista*, Santa Cruz de Tenerife, Instituto Canario de la Mujer, 1998; Ramón DEL CASTILLO, «El feminismo de Nancy Fraser: crítica cultural y género en el capitalismo tardío», en Celia AMORÓS y Ana DE MIGUEL, *Teoría feminista: de la Ilustración a la globalización. De los debates sobre el género al multiculturalismo, vol. 3*, 2007, pp. 61-120. Véase también Isabel GAMERO CABRERA, *La paradoja de Habermas ¿Qué sucede cuando se aplica la teoría de la acción comunicativa a debates actuales?* Madrid, Dado ediciones, 2021, pp. 237-241.

⁴ Véase Heidi HARTMANN, «Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo» 1981. Disponible en: <https://repassefeminista.files.wordpress.com/2014/02/h-hartmann-el-infeliz-matrimonio-entre-feminismo-y-marxismo.pdf>; Iris Marion YOUNG, (1981), «Beyond the Unhappy Marriage: A Critique of Dual Systems Theory», Lydia SARGENT (ed.), *Women and Revolution: A Discussion of the Unhappy Marriage of Marxism and Feminism*, Boston, South End Press, 1981, pp. 43-70.

⁵ N. FRASER, *op. cit.*, p. 58, nota 7.

⁶ *Ibidem*, p. 93, nota 47.

⁷ Aunque este compromiso se mantiene a lo largo de su trayectoria intelectual, cabría destacar una formulación más consistente del mismo a partir de 2004 cuando plantea una justicia demo-



en las contradicciones sociales, desde un compromiso partidista con aquellas luchas sociales con las que se identifica:

Una teoría social crítica enmarca su programa de investigación y su marco conceptual con miras a los objetivos y las actividades de aquellos movimientos sociales de oposición con los que mantiene una identificación partidista, aunque no acrítica. Las cuestiones que plantea y los modelos que diseña están inspirados por esa identificación y ese interés⁸.

Fraser cree que la Teoría Crítica puede y debe responder a las demandas feministas y, en consecuencia, debe ampliar su enfoque para integrar una perspectiva en clave de género. Por ello, busca establecer un punto medio entre el enfoque dual de sistemas de opresión, capitalismo y patriarcado, planteado por las feministas marxistas y la idea de un sistema único, el capitalismo, como lo elabora Habermas.

A la hora de establecer ese punto medio Fraser considera, por un lado, que es mejor hablar de una única formación social constituida por dos dimensiones de la opresión que se interpenetran⁹; es decir, el modo en que el capitalismo se articula desde la clase y el género. De otro lado, su crítica a la teoría de Habermas sobre el capitalismo es presentada desde tres ángulos que considera que están interconectados: la interpretación de la actividad social de la crianza y los procesos de socialización; la interacción entre el ámbito privado y público; y «las tendencias a las crisis y los potenciales de conflicto específicos del capitalismo del Estado de bienestar occidental»¹⁰.

En relación con el primer ángulo, la división social de actividades para el mantenimiento de la especie como son la producción y reproducción social son interpretadas por Habermas, informa Fraser, como reproducción material y reproducción simbólica respectivamente¹¹. Como ya había señalado el feminismo marxista de los años setenta, la reproducción social, de la que se hacen cargo en su gran mayoría las mujeres, tiene una dimensión material a la hora de garantizar la atención y el cuidado de la mano de obra. La ausencia de remuneración de este trabajo es condición necesaria para la acumulación del capital¹². Fraser tomará este precedente y en oposición a nuestro autor mostrará que una actividad vital como es la crianza no puede ser tematizada únicamente como perteneciente al orden simbólico. En su función social, la crianza es insustituible tanto para la supervivencia biológica de la especie, la reproducción de la fuerza de trabajo, como para la socialización del individuo y

crática y luego en 2008 su argumentación sobre «los dos dogmas del igualitarismo». Véase N. FRASER y A. HONNETH, *¿Redistribución o reconocimiento? Un debate político-filosófico*, Madrid, Morata, 2006, cap. 1. N. FRASER, *Escalas de justicia*, Barcelona, Herder, 2008, cap. 3.

⁸ N. FRASER, *op. cit.*, p. 53.

⁹ *Ibidem*, p. 58, nota 7.

¹⁰ *Ibidem*, p. 55.

¹¹ *Ibidem*.

¹² H. HARTMANN, *op. cit.*





la conformación de su identidad. En este sentido, la crianza ha de ser entendida, nos dice, como una actividad social de aspecto dual¹³.

El carácter dual de la crianza va a poner en cuestión la tajante distinción que articula el segundo ángulo sobre la distinción entre lo público y lo privado; y acabará afectando a la interpretación sobre dónde se alojan los potenciales conflictos y cómo tematizar las tendencias a la crisis del capitalismo¹⁴.

El segundo ángulo está en relación con otra partición de Habermas, pero ahora entre dos ámbitos de acción: el Sistema y el Mundo de la vida. En ella anida el siguiente supuesto que Fraser confrontará: que las formas de racionalidad, estratégica (sistema) y comunicativa (mundo de la vida), que operan en cada ámbito son excluyentes. Las consecuencias de este supuesto se sustancian en otra diferenciación: los contextos de acción asegurados normativamente y los contextos alcanzados comunicativamente —en la medida en que revelan asimetrías de poder. Estas diferenciaciones la conducirán a diseccionar el sesgo androcéntrico que anida en la interpretación habermasiana de *i*. la interacción entre la economía (sistema) y la institución familiar (mundo de la vida), mediada por las actividades sociales del trabajo remunerado y el consumo; *ii*. la interacción entre el poder político y la opinión pública desde el rol del ciudadano, por una parte; y, de otra, del acrecentamiento del rol de «cliente» del Estado de bienestar, como receptor de ayudas y subsidios con los que el poder político aspira a reducir los niveles de desigualdad social.

El tercer ángulo también depende de estas divisiones ya que para Habermas el conflicto social se aloja en la sutura entre el sistema y el mundo de la vida; y las patologías sociales, como la de la fragmentación de la identidad¹⁵, surgen de la colonización del mundo de la vida por parte de los imperativos sistémicos.

De acuerdo con Fraser, la caracterización del orden económico o el Sistema como ámbito articulado a partir de la lógica racional orientada a fines oculta otras formas de coordinación de la acción que tienen lugar en la esfera del trabajo asalariado. No sería cierto, dice, que se trate de actividades en las que no esté supuesta una suerte de normatividad y no presenten «elementos de consensualidad». De ahí que convenga considerar las diferencias entre la racionalidad de los ámbitos de acción como diferencias de grado¹⁶, apunta, evitando el desliz hacia una tipología de tipos puros que cada ámbito reproduciría. Fraser lo ilustra al indicar que incluso los acuerdos alcanzados en el ámbito laboral reflejan su contraste con una normatividad supuesta a pesar de que el resultado del acuerdo se pueda considerar injusto. Por otra parte, la institución familiar tampoco se articula únicamente por una racionalidad comunicativa. Si tenemos en cuenta las asimetrías de poder que constituyen a la familia y «[...] que el hogar, al igual que el puesto de trabajo remunerado, es

¹³ N. FRASER, *op. cit.*, p. 57.

¹⁴ N. FRASER, «Las contradicciones del capital y los cuidados». *New Left Review* 100, 2016, pp. 111-132.

¹⁵ J. HABERMAS, *Teoría de la acción comunicativa*, vol. 2: *Crítica de la razón funcionalista*. Trad. Manuel Jiménez Redondo, Madrid, Taurus, 1992, pp. 501.

¹⁶ N. FRASER, *op. cit.*, pp. 59-62.

un lugar de trabajo, aunque bien se trate de un trabajo no remunerado y frecuentemente no reconocido»¹⁷, podemos entender que también las formas de racionalidad se entremezclan y, de nuevo, Fraser apela a un criterio «pragmático-contextual»¹⁸ que permita un análisis más consistente de las condiciones en que se da la interacción familiar y así evitar presentarla bajo una pátina romántica.

2. LA SEPARACIÓN ENTRE LO PÚBLICO Y LO PRIVADO: LA CODIFICACIÓN DEL GÉNERO

Los otros dos aspectos del segundo ángulo remiten a las actividades y roles que, desempeñados por los sujetos, muestran la dinámica entre las instituciones de la economía, la familia, el poder político y la opinión pública, y articulan la normatividad institucional. La diferenciación entre normatividades institucionales es el eje del asunto, pues están codificadas de acuerdo al valor social asignado a los cuerpos de mujeres y hombres en virtud del conjunto de actividades que desempeñarán en el mantenimiento del orden social.

Habermas dice: «[...] el intercambio entre las esferas de la vida privada y de la opinión pública, por un lado, y el sistema económico y el sistema administrativo, por otro, discurre a través de los medios dinero y poder, y cómo ese intercambio queda institucionalizado en los papeles de trabajador y consumidor, de cliente y ciudadano. Precisamente estos roles son el blanco de la protesta»¹⁹. Esta caracterización de la dinámica entre ámbitos de acción le resulta atractiva a Fraser porque identifica «dos separaciones público/privado distintas pero interrelacionadas»²⁰. Sin embargo, la ventaja de aprehender así la dinámica social de las sociedades del Estado de bienestar está viciada por la diferenciación inicial entre actividades de reproducción material y reproducción simbólica. El papel del trabajador como sustentador refuerza su elevado valor social en contraste con el poco valor otorgado a la crianza, que va unido a la entronización del ideal de ama de casa a través el salario familiar²¹. Una de las consecuencias de esto será la construcción de la identidad masculina en tanto que proveedor y la de las mujeres como receptoras y colaboradoras, pero no como trabajadoras²². La reconstrucción de la dinámica revela cómo intersecan género

¹⁷ *Ibidem*, p. 64.

¹⁸ *Ibidem*. p. 56.

¹⁹ J. HABERMAS, *Teoría de la acción comunicativa*, vol. 2: *Crítica de la razón funcionalista*. Trad. Manuel Jiménez Redondo, Madrid, Taurus, 1992, p. 560.

²⁰ N. FRASER, *op. cit.*, p. 70.

²¹ El inestimable valor de la crianza es el argumento siempre esgrimido para naturalizar las diferencias entre géneros e introducir medidas paternalistas hacia las mujeres en las que contrasta la obligación de protegernos y el señalamiento de nuestra minoría de edad autenticada por lo que identifican como el «poder de nuestra sensibilidad». Así, cualquiera se atreve a sostener que nuestra función social es tan valiosa que el pago por el cuidado pervierte nuestra donación para el mantenimiento de la especie.

²² Esto no indica que Habermas niegue el papel de trabajadoras asalariadas a las mujeres, sino que su reconstrucción lo omite y esta omisión es la que lastra a su análisis del capitalismo.





y economía al punto que en el imaginario social las mujeres no solemos estar asociadas con la dinámica del trabajo remunerado; y, cuando sí lo somos, entonces, los trabajos a los que se nos asocia son los de servicio y cuidado²³ y a tiempo parcial. Esto tiene la consecuencia perversa de hacer invisible la doble jornada de las mujeres y producir una brecha salarial porque nuestro trabajo no está pensado para sustentar una familia, sino como complementario²⁴.

En el caso del rol del consumidor, Fraser encuentra que también está generizado. La relación de las mujeres con la economía, situadas de modo predominante en el ámbito privado del hogar, aparece sostenida en la actividad de consumo de los hogares. La crianza en términos de reproducción material queda ligada a la actividad del consumo que ha sido el modo privilegiado de conceptualizar cómo interactúa la mujer con la esfera económica; una interacción mediada, sin duda, por el trabajo remunerado del proveedor y en la que también entra la dimensión de estatus social que aportan determinados comportamientos en la esfera del consumo. En este caso, trabajo y consumo refuerzan los roles tradicionales asociados a los varones y a las mujeres e introducen diferencias en la estima social entre los hombres, y también entre las propias mujeres.

Asimismo, el rol de ciudadano y de «cliente» del Estado de bienestar también ocultan, para Fraser, «un subtexto de género»²⁵. Habermas indica que estas sociedades se caracterizan por el debilitamiento de la lucha de clases en contraste con el fortalecimiento del rol de cliente. Sin duda se puede concordar en ello allí donde el salario familiar haya sido una realidad. La idea de cliente, por su parte, opera en un doble espectro, a) despolitiza la relación del ciudadano con el poder político, y b) orienta de modo diferencial la asistencia a varones y mujeres reforzando los roles de género. Mientras se privilegia la reincorporación laboral de los varones, los programas dirigidos a mujeres habrían sido pensados para reparar la ausencia de un varón proveedor y de un hogar incompleto²⁶.

En el caso del ciudadano, Fraser retoma la idea de Habermas sobre la capacidad discursiva para participar en el debate y señala, apoyada en Carole Pateman, que

[...] cuando tanto la opinión popular como la legal sostienen ampliamente que cuando una mujer dice «no» quiere decir «sí». Significa, dice Carole Pateman, que «la mujer encuentra su palabra [...] persistente y sistemáticamente invalidada en la cuestión crucial del consentimiento, una cuestión que es fundamental en la democracia. [Pero] si la palabra de la mujer sobre el consentimiento está siendo constantemente reinterpretada, ¿cómo pueden participar en el debate entre ciudadanos? Así pues, hay una disonancia conceptual entre la feminidad y las capacidades dialógicas [...] de la ciudadanía²⁷.

²³ N. FRASER, *op. cit.*, pp. 71-72.

²⁴ *Ibidem*.

²⁵ *Ibidem*.

²⁶ *Ibidem*, p. 83.

²⁷ *Ibidem*, pp. 74-75.



La codificación de género en la dinámica interinstitucional muestra cómo la organización social descansa sobre la interpretación que hacemos de la actividad de la crianza. De manera que no solo se trata, como en el primer ángulo, de indicar su carácter dual, sino de ver el modo en que coadyuva a definir las diferentes configuraciones del capitalismo a lo largo de su historia y en este caso particular en las sociedades con Estado de bienestar.

En consecuencia, un análisis crítico de la sociedad en clave de género muestra la imbricación entre la dimensión material y simbólica o cómo «el sistema económico capitalista tiene una dimensión cultural-moral»²⁸; de tal manera que los procesos de formación de la identidad, de estima social, diferenciación económica y de acceso al poder en la toma de decisiones se entremezclan creando formas complejas de desigualdad social entre los géneros²⁹. Esta ontología social múltiple, como la define Fraser, le permitirá identificar el capitalismo como algo más que un régimen económico y definirlo como un orden social institucionalizado³⁰.

En suma, las formas de socialización en cada institución permiten identificar de qué modo el discurso de género se encuentra en la base de la estructura social³¹. Y esta consideración es importante porque toca con el tercer ángulo, ya que los conflictos sociales tienen que ver precisamente con la definición de la normatividad de cada institución, con protegerla o modificarla en tiempos de crisis sean o no sistémicas³² y con la emergencia de nuevos sujetos políticos.

²⁸ *Ibidem*, p. 61.

²⁹ Esta formulación de N. Fraser es posterior a 1985, pero en su primera crítica a Habermas aparece ya prefigurada la idea de que no puede haber redistribución sin reconocimiento ni representación política. Véase N. FRASER, *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición 'postsocialista'*, Bogotá, Siglo del hombre editores y Universidad de los Andes, 1997; también N. FRASER, *Escalas de justicia*, Barcelona, Herder, 2008. Presento una interpretación de la secuencia temática y cronológica de la obra de N. Fraser desde 1985 hasta el presente en M., PALACIO AVENDAÑO «Teoría social de la justicia y producción social de la precariedad», *Isegoría. Revista de Filosofía moral y política* 64, 2021, Disponible en: <https://isegoria.revistas.csic.es/index.php/isegoria/article/view/1130/1137>.

³⁰ Véase, N. FRASER, «Tras la morada oculta de Marx. Por una concepción ampliada del capitalismo», *New Left Review* 86, 2014, pp. 57-76. También Nancy FRASER y JAEGGI, Rahel. *Capitalismo. Una conversación desde la teoría crítica*. Madrid: Morata, 2019.

³¹ Seyla BENHABIB, otra autora perteneciente a la Teoría Crítica, insiste en esta idea cuando aborda los límites de la teoría del desarrollo moral de Kohlberg, la cual se encuentra en la base de la ética comunicativa de Habermas. Véase S. BENHABIB, «El otro generalizado y el otro concreto», en S. BENHABIB y D. CORNELL, *Teoría feminista y teoría crítica: ensayos sobre la política de género en las sociedades de capitalismo tardío*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1990, pp. 119-149.

³² N. FRASER, «¿Triple movimiento? Entender la política de la crisis a la luz de Polanyi». *New Left Review* 81, 2013, pp. 125-139; N. FRASER, «Legitimation Crisis? On the Political Contradictions of Financialized Capitalism», *Critical Historical Studies* 2 (2), 2015, pp. 157-189; N. FRASER, «Las contradicciones del capital y los cuidados», *New Left Review* 100, 2016, pp. 111-132.

3. CRISIS DE LOS CUIDADOS

Como dijimos arriba el tercer ángulo refiere a dónde se aloja el conflicto social y a la identificación de patologías sociales como resultado de la colonización del mundo de la vida por parte de los imperativos sistémicos.

De acuerdo con lo dicho hasta aquí parte del conflicto social tiene que ver con la normatividad asociada a cada esfera de acción social. Pero, al tematizar la crianza como una actividad dual y mostrar la forma de interacción que los diferentes roles asociados al género femenino juegan en cada subsistema, la alternativa no es la descolonización del mundo de la vida, sino la modificación del orden de género en la medida en que estructura el orden social.³³

Interpeladas simultáneamente en direcciones contradictorias, las mujeres se han convertido en sujetos escindidos; y, como consecuencia, los mismos roles, hasta ahora protegidos en sus esferas separadas, se han visto súbitamente abiertos a disputa. ¿Deberíamos hablar aquí, como hace Habermas, de una «crisis en la reproducción simbólica»? Con certeza no, si esto implica la desecación del significado y de los valores efectuada por la intrusión del dinero y del poder organizativo en la vida de la mujer. Enfáticamente sí, si significa, más bien, la aparición de la visibilidad y disputabilidad de problemas y posibilidades que no se pueden resolver ni realizar dentro del marco establecido de los roles e instituciones generizados³⁴.

Tal y como recoge la cita, Fraser destaca la fragmentación de los roles de las mujeres que, como vimos, se debe en parte a lo que denomina como la disonancia cognitiva entre la feminidad y la idea de ciudadanía y del trabajo remunerado; esto quiere decir que las categorías del análisis social se construyen en oposición a la de la actividad de la crianza. La teoría Crítica Feminista juega aquí un papel clave, también a la hora de valorar las consecuencias no deseadas en relación con la fragmentación de la subjetividad de las mujeres.

Estas consecuencias es posible rastrearlas en los textos que Fraser dedica a evaluar las condiciones del movimiento feminista en el contexto del neoliberalismo el año de 2013,³⁵ así como en el que tematiza la crisis de los cuidados publicado en 2016. La tesis de este texto es que la crisis de los cuidados horada las condiciones de posibilidad del capitalismo y que esta crisis nos ayuda a representarnos un proceso social más amplio como es la crisis sistémica que atravesamos. Así, la crisis de los cuidados va unida a la de la economía y a la de la política.

La crisis del capitalismo, desde su dimensión económica, es fruto de una sobreproducción que aspira a resolverse en la búsqueda de nuevos espacios, físicos o virtuales, hacia los cuales dirigir el excedente. Este proceso va acompañado —en

³³ N. FRASER, *Dilemas de la justicia en el siglo XXI. Género y globalización*, pp. 87-89.

³⁴ *Ibidem*, p. 88.

³⁵ N. FRASER, «¿Triple movimiento? Entender la política de la crisis a la luz de Polanyi». *New Left Review* 81, 2013, pp. 125-139.



su tendencia a la acumulación infinita- de la búsqueda de nuevas mercancías que alteran cada vez más los ciclos de reproducción de la naturaleza y, por tanto, de nuestra especie. Esta crisis en la esfera de la producción genera mutaciones en la de la reproducción que requieren de la intervención política y formas de modulación para contener el estallido social. En el régimen actual de acumulación, al que Fraser identifica como un capitalismo financiarizado, acompañado por la modificación política de una gobernanza global, la desinversión del Estado en la protección social y la presencia masiva de la mujer en el sector productivo han confluído en lo que puede identificarse como el déficit de los cuidados. En este se ponen de manifiesto cuatro contradicciones sociales clave como *i.* la pobreza del tiempo, *ii.* la mercantilización del cuidado; *iii.* las cadenas globales de cuidado, todas potenciadas por *iv.* una perversa idea ligada a la emancipación como rechazo del trabajo del cuidado. Esta última, puede decirse, es un indicador de las consecuencias de la fragmentación de la subjetividad de las mujeres apuntalada por una ideología neoliberal, en la que formas que eran liberadoras en el régimen del capitalismo de Estado de bienestar representan ahora sus sombras, dando paso a una nueva modificación normativa asociada al discurso de género.

Fraser señala que relación entre producción y reproducción social ha ido variando en las diferentes fases del capitalismo³⁶ hasta constituir hoy lo que podemos identificar, a mi juicio, como la ruptura del circuito de cuidado-trabajo-producción de riqueza social.

Su análisis sigue el hilo rojo de los procesos de subjetivación femenina a partir de los patrones de valor que encarnan en las instituciones, la política discursiva del género. A esto refiere el inicio del proceso de la creación de la identidad/rol/figura del ama de casa (*housewifization*), en el capitalismo del siglo XIX, vinculada a la oposición entre el ámbito de la producción y la reproducción; el modelo del salario familiar en el capitalismo de Estado de bienestar que refuerza el carácter heteronormativo de la familia, y en el que se asume la dependencia entre producción y reproducción; y, finalmente, en el capitalismo financiarizado con la familia de dos proveedores articulada por el rechazo entre producción y reproducción³⁷.

Estas tres figuras del capitalismo y la comprensión en cada fase de las relaciones entre producción material y reproducción social ilustran la importancia del poder político para la institucionalización de las mismas. Podemos discrepar de que la última figura sea la de los dos proveedores y oponerle la realidad de muchas familias para las que hoy día se requieren de tres o de cuatro. Con todo, la familia de dos proveedores se ha instalado como una forma de ideal de vida familiar en el capitalismo de nuestros días y en el que las familias de más proveedores serían una desviación de la «norma», aun cuando la desviación sea generada por el propio sistema y este siga manteniendo el cumplimiento de los roles de género.

³⁶ N. FRASER, «Las contradicciones del capital y los cuidados», *New Left Review* 100, 2016, pp. 111-132.

³⁷ *Ibidem.*



La dinámica propia del sistema social que impide el cumplimiento de las expectativas que promete, como en el caso del «ideal familiar», constituye solo una de las maneras en las que este pone en cuestión sus condiciones de posibilidad y, por tanto, establece la dinámica de su fagocitación continua.

3.1. EL CUIDADO COMO MERCANCÍA

De la mano de la organización estructural de género, Fraser añade un análisis sobre la organización estructural en términos raciales. Para ello introduce la dinámica propia de la producción de mercancías como sostenida en dos procesos complementarios: explotación y expropiación³⁸. De lo que se trata ahora es de ver la imbricación entre la reproducción social, la política discursiva del género y la raza.

En el marco del capitalismo financiero, nos dice, la forma de expropiación y explotación no refiere en exclusiva a la diferenciación geopolítica entre países del centro y países de la periferia, sino que se produce también en los países del norte o centro; y, tanto para el norte como para el sur, la expropiación opera, en la actual fase del capitalismo, mediante el mecanismo de la deuda. Esto no significa que las otras formas de expropiación hayan desaparecido, sino que la deuda ofrece una nueva articulación del capitalismo en su forma de extracción del capital conduciendo a agudizar las condiciones por las que se producen las crisis en su interior.

La deuda como mecanismo de expropiación está inserta en la lógica de los movimientos migratorios vistos como el efecto de la demanda de mano de obra extranjera para los trabajos y labores que la ausencia del tiempo de las «familias de dos proveedores» no puede ya realizar. Esto dará pie al fenómeno de las cadenas globales del cuidado: mujeres migrantes que dejan sus familias al cuidado de otros mientras viajan a países del norte a desempeñar tareas de cuidado para las familias de aquí que pueden asumir el pago de esa mano de obra. Esto supone que las tareas del cuidado se desplazan hacia mujeres con menos ingresos mientras que otras sí pueden emanciparse de las labores del cuidado.

Así, la emancipación de las labores de cuidado configura al menos una de las ambivalencias de la emancipación femenina articulada sobre el eje de la raza y de la clase –recuérdese el eslogan del feminismo del 99% en oposición al feminismo neoliberal del 1%–.

Este déficit en el ámbito de la reproducción que suplen las cadenas globales de cuidado se completa con la externalización hacia el mercado de este trabajo (administración privada de residencias de ancianos, etc.) –siempre para quien puede pagarlo–, mientras en el otro espectro están las mujeres que no pueden derivar esas labores al mercado por falta de recursos, por lo que los cuidados siguen procurándose sobre su espalda en el ámbito privado familiar –Fraser llama a esto privatización del

³⁸ N. FRASER, «Expropriation and Exploitation in Racialized Capitalism: A Reply to Michael Dawson», *Critical Historical Studies* 3, 2016, pp. 163-178.



cuidado en contraste con la externalización—. De lo cual se deduce que el cuidado como nueva mercancía amplía el alcance de la producción sobre la reproducción, pero no somos capaces de verlo porque la idea de la emancipación del trabajo del cuidado se ha entendido como una forma de rechazo a este, pero no a los roles de género que otras mujeres, menos emancipadas, harán en tu lugar.

3.2. LA DEFINICIÓN NORMATIVA DE LOS LÍMITES INSTITUCIONALES

Al atender a la dinámica entre externalización o privatización del cuidado, la nueva mercancía penetra en la esfera de la reproducción social poniendo en cuestión los límites normativos interinstitucionales. Por tanto, la reproducción social no puede ser una mera tarea de mujeres ni una cuestión que deban resolver las familias en la esfera privada, pero tampoco es una cuestión que deba depender de la lógica del mercado. Lo que se precisa es definir de nuevo los contenidos de cada esfera.

Para comprender las dimensiones de esta crisis de la esfera de la reproducción social hay que añadir, indica Fraser, la emergencia actual de demandas de protección social que van desde las políticas de vivienda, educación, sanidad, lucha contra la contaminación, la defensa del acceso al agua, entre otras³⁹, y que también ponen en cuestión el que estos asuntos hayan sido desplazados al ámbito del mercado.

Estas luchas surgidas de la crisis de la reproducción social han alcanzado un espectro mayor y se han diversificado en virtud de la forma que adopta la contradicción social en esta esfera. Estas luchas constituyen, a día de hoy, el espectro más amplio y visible de la lucha social porque refieren a las condiciones de posibilidad del capitalismo; es decir, a lo que se nos dice que queda fuera del ámbito de la producción. Así, podemos decir que las luchas por la reproducción revelan el alcance de una crisis sistémica.

Una crisis sistémica es la suma de distintos tipos de crisis en la que las fronteras entre esferas de acción social y sus respectivos modos de ordenación entran en pugna: qué pertenece o debe pertenecer a cada una de ellas. Estas luchas entre fronteras aportan una clave de lectura para ponderar, entonces, el cambio en un orden social que tiende a la mutación tras cada crisis y que demuestra una elevada plasticidad para reconfigurarse.

El escenario de un sistema que muta continuamente, pero no desaparece, debería servirnos de advertencia sobre el objetivo al cual debe dirigirse la tarea de pensar la transformación social. En este caso, se trata de «rediseñar el mapa institucional». Si el capitalismo es un sistema social institucionalizado, lo que se ha de cambiar es la institucionalidad que lo configura, el orden normativo asociado a cada una de las esferas de acción en que se divide o bien los subsistemas que lo configuran: la economía, la política y la reproducción social. Cambiar el orden de alguna de las

³⁹ N. FRASER, «¿Triple movimiento? Entender la política de la crisis a la luz de Polanyi», *New Left Review* 81, 2013, pp. 125-139.





condiciones de posibilidad del mismo implica una transformación de envergadura, *i.* sugiere un nuevo marco conceptual, *ii.* impone una redistribución y reconocimiento, así como interpretación de las necesidades; y, en consecuencia, *iii.* idea las políticas de su satisfacción; es decir un nuevo orden. Pero para ello hay que atender a que cada esfuerzo de transformación implica mantenernos atentos a la dinámica entre las demandas de protección social, las de la emancipación y las del mercado; y, sobre todo, estar informados sobre las ambivalencias que pueden entrañar.

Como apuntara en 1985 «[...] la cuestión no es *si* las normas del mundo de la vida serán decisivas, sino *qué* normas del mundo de la vida lo serán»⁴⁰.

Si el diagnóstico de Fraser de 2016 sigue siendo válido, la circunstancia de la COVID 19 debería permitirnos actualizarlo y ampliarlo puesto que nos enfrenta a esta crisis sistémica sin velos. No se necesita mirar por debajo de la mesa ni levantar la alfombra para ver que las mujeres siguen estando penalizadas en términos del cuidado mientras que quienes pueden comprar esta preciosa mercancía han visto cómo dejaban morir a los mayores en las residencias. Asimismo, el desmantelamiento del Estado visto, por ejemplo, desde la situación de la sanidad pública, exprimida bajo criterios de rentabilidad, debería ser analizado en conjunción con la demanda del derecho a descansar y con el hartazgo colectivo de que el tiempo de vida haya pasado a ser solo tiempo de trabajo.

Plantear esa conjunción en el análisis podría darnos claves sobre las modificaciones a realizar del mapa institucional y cuáles nos es dado esperar que se produzcan. Y aquí entramos de lleno en la actual tesitura moral de nuestro presente, ya que, si bien sabemos que la sociedad y sus procesos de aprendizaje se revelan en la historia como de largo alcance, el actual cortoplacismo imperante –en el que la propia inmediatez sirve de criterio de legitimación de nuestros juicios morales– colisiona con nuestro siempre recurrido egoísmo; que tan bien nos ha enseñado que para lograr un mejor beneficio hay que poner las luces largas. En otras palabras, sin una pequeña dosis de egoísmo no hay manera de atender al amor propio, a la conciencia de la vulnerabilidad y la interdependencia.

⁴⁰ N. FRASER, *Dilemas de la justicia en el siglo XXI. Género y globalización*, p. 88.